

SUPERHÉROES

Corría el año 1999 y un frío polar en las calles de Buenos Aires. El mes de julio no iba a perdonar ni al mejor preparado.

El desafío propuesto treinta años atrás estaba en marcha. Entre la década del sesenta y del setenta, cuando fue necesario hacer las provisiones para el futuro, las calles, las oficinas, los bares gestaron una moda.

¿Qué destino debían tener los superhéroes cuando el retiro fuera inevitable? ¿Qué les permitiría seguir haciendo uso de sus cualidades de abnegación, valentía, arrojo, desinterés, con las que habían convivido toda su vida?

Dos posibilidades estaban en juego y las dos implicaban el exilio. La menos aconsejable para unos huesos maltrechos era un retiro en Afganistán y, la preferida por los más famosos, una jubilación en la República Argentina.

El Banco Nación los convocaba todos los cinco de cada mes para cobrar su jubilación. Era el día veinte del mes de julio y todavía estaban haciendo cola.

Como hasta un superhéroe se pone nervioso en alguna que otra circunstancia, un policía joven, Nelson, se encargaba de mantenerlos en fila con la mirada de un perro guardián. Aunque nada parecía ser suficiente para controlar los acontecimientos que se desatarían.

- ¡Me tocó! –Aunque el tono fue suave y sensual nadie pudo dejar de advertir el “plaf” del brazalete de la Mujer Maravilla en la cara de Batman.

- Perdón, distinguida dama, se trabaron los batimecanismos que mantienen unida mi batibilletera a mi batipañal y he tenido, cómo decirlo, un involuntario encuentro con su bonita masa corporal. –Turbado por la torpeza levantó un brazo despeinando con su capa a Napoleón Solo que se adelantó varios lugares cuando vio a una señorita en apuros. El galán, algo encorvado y de riguroso traje, acomodó su corbata, carraspeó, levantó una ceja y con la voz más seductora que le permitió su garganta quebrada preguntó: ¿Puedo ayudarla en algo?

Un murmullo fue creciendo desde el fondo hasta materializarse en una furibunda protesta. “¡Se coló! ¡Napoleón se coló!”, se escuchó de la boca de Robin que dirigía hábilmente la protesta.

Una voz estridente de mujer, dirigida a Diana Prince, les hizo abandonar el foco de atención a los presentes. Hasta pasó inadvertida una “Z” dibujada por el Zorro en las espaldas de todos, labor que desplegó sigilosamente para matar el aburrimiento.

- ¿Y vos seguís saliendo con esa bombachita? ¡Por eso te pasan estas cosas!

Cuando la descubrieron, muchos se acercaron a la Bruja Cachavacha para convencerla de que esa no era la fila que le correspondía. Napoleón sabiéndose por primera vez descubierto por el enemigo y sin haber podido hacer migas con la Mujer Maravilla decidió enmendar su situación poco feliz interviniendo. Se arregló el nudo de la corbata, verificó que su cabello engominado estuviera en su lugar y dijo:

- Abuela, la puedo acompañar a averiguar por la fila que le corresponde.

- ¿Abuela? ¿Abuela? ¡No te miraste al espejo! ¡Estás perdido viejo!

Cachavacha estaba a punto de hacer uno de sus pases mágicos cuando Hijitus quiso transformarse, pero quedó atorado en el sombrero. Los kilos extras que había ganado con el tiempo lo habían incapacitado para el trabajo.

- ¡Chiquitín, te paso mi dieta! –Se escuchó entre la multitud la voz solícita de Batichica.

Todo prometía terminar en una hecatombe. Ni Nelson que estaba colorado y desbordado podía contener semejante situación. Hasta que un milagro celestial se hizo presente.

Una lluvia cadenciosa y sensual de billetes de cien dólares comenzó a bañar el salón del banco.

Estoy segura de que no fue codicia. El alquiler, la cuenta del supermercado, la luz, el gas, los remedios pueden llegar a torcer el brazo de cualquier superhéroe.

Con la rapidez de Flash, que fue muy solidario en esta ocasión, cada uno tomó lo que pudo del suelo y se fue lo más lejos que le fue posible.

Riendo con francas carcajadas quedó el Acertijo, en la soledad del desorden, sobre el ventilador de techo girando una y otra vez con la saca de dinero completamente abierta. No podía recordar cómo había llegado allí ni por qué. El mal de Alzheimer había hecho sus estragos.